

Historia del Culto al Sagrado Corazón de Jesús

El culto tributado al amor de Dios y de Jesucristo hacia el género humano, a través del símbolo augusto del Corazón traspasado del Redentor crucificado, jamás ha estado completamente ausente de la piedad de los fieles, sobre todo después que el Señor mismo reveló este divino misterio a algunos hijos suyos, y los eligió para mensajeros y heraldos suyos, luego de haberles colmado con abundancia de dones sobrenaturales.

De hecho, siempre hubo almas especialmente consagradas a Dios que han tributado culto de adoración, de gratitud y de amor a la Humanidad santísima de Cristo y en modo especial a las heridas abiertas en su Cuerpo por los tormentos de la Pasión salvadora.

Aunque antecedentes de este culto ya surgen en las Sagradas Escrituras, poco a poco y progresivamente llegó ese Corazón a constituir objeto directo de un culto especial.

Recordaremos los nombres de algunos de aquellos que bien se pueden considerar como los precursores de esta devoción que nació de forma privada, pero que de modo gradual se fue difundiendo dentro de los Institutos religiosos. Así, por ejemplo, se distinguieron por haber establecido y promovido este culto al Corazón Sacratísimo de Jesús: san Buenaventura, san Alberto Magno, santa Gertrudis, santa Catalina de Siena, el beato Enrique Suso, san Pedro Canisio y san Francisco de Sales. San Juan Eudes en el año de 1641 proyectó fundar la Orden de Nuestra Señora de la Caridad y desde el principio pensó en dedicarla al Corazón Santísima de María.

1. San Juan Eudes

Fue en 1643 cuando San Juan Eudes comenzó a escribir su obra maestra como teólogo de los Sagrados corazones, *El Corazón Admirable de la Madre de Dios*, que terminaría sólo tres semanas antes de su muerte, el 25 de Julio de 1680. Esta obra comprende doce libros, el último de los cuales está íntegramente dedicado al divino Corazón de Jesús.

Instituyó la Congregación de Jesús y María, dándole por Patronos a los Sagrados corazones e imponiéndole el rezo cotidiano de oraciones especiales en su honor, principalmente el *Ave Cor Sanctisimum* y el *Benedictumsit*.

Poco después, se empezó a celebrar la fiesta del Corazón de María en la Congregación con misa y oficio propios, en los cuales ocupaba una parte importante el divino Corazón de Jesús.

El 8 de Febrero de 1648, con la autorización del obispo de Autun, se celebró allí esta fiesta de manera solemnísimamente. Así entró oficialmente en la liturgia católica.

Entre 1668 y 1670, san Juan Eudes compuso un oficio y una misa propios para la fiesta del Divino Corazón, cuya fiesta solemne se celebró por primera vez, con el beneplácito de muchos Obispos de Francia, el 20 de octubre de 1672.

Roma ha colocado, pues, a San Juan Eudes en el puesto de honor que le corresponde entre los apóstoles de los Sagrados corazones, particularmente del Corazón Divino de Jesús, y lo ha llamado «Doctor» de esta devoción. A sus obras, pues, hemos de ir a beber la enseñanza teológica acerca del Corazón divino de Jesús.

2. Santa Margarita María de Alacoque

Pero entre todos los promotores de esta excelsa devoción, merece un puesto especial Santa Margarita María Alacoque, porque su celo, iluminado y ayudado por el de su director espiritual —el beato Claudio de la Colombiere—, consiguió que este culto, ya tan difundido, haya alcanzado el desarrollo que hoy suscita la admiración de los fieles cristianos.

Margarita María era una humilde religiosa de la Visitación de Paray-leMonial, ciudad francesa. Esta alma privilegiada nació el 22 de julio de 1647 en Laut Lecourt hacia Verosvies, en la Borgoña. Después de haber superado muchas pruebas, en el 1671 ingresó en el Monasterio de la Visitación y en 1672 emitió sus votos religiosos. Poco después de su profesión religiosa, Jesús Maestro le manifestó muchas maravillas e hizo promesas tan extraordinarias a las cuales no se hubiese prestado fe si no hubiesen sido convalidadas por un hecho incontestable y palpable. Tres son las apariciones con las cuales N. Señor quiso consolar a su elegida. La primera sucedió el 27 de diciembre de 1673, día de san Juan Apóstol. Margarita María de Alacoque, quien tenía sólo 14 meses de profesa y 26 años de edad, estaba como de costumbre arrodillada ante el Señor en el Santísimo Sacramento, expuesto en la capilla del convento de La Visitación. Era el momento de la primera gran revelación del Señor a la futura santa. «Mi Divino Corazón —le dijo el Señor a Margarita María— está tan apasionado de Amor a los hombres, en particular hacia ti, que, no pudiendo contener en él las llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndose de ti y se manifieste a ellos para enriquecerlos con los preciosos dones que te estoy descubriendo, los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición. Te he elegido como un abismo de indignidad y de ignorancia, a fin de que seas todo obra mía».

La joven religiosa fue consagrada por el mismo Jesucristo su apóstol, con el encargo de difundir y propagar el culto a su adorable Corazón, a manifestar a los hombres su voluntad y hacerles conocer lo que el Sacratísimo Corazón de Jesús promete a quien hace conocer y propaga su culto.

La segunda aparición sucedió en la octava de Corpus Christi en el año 1674. En ella Jesús manifestó las inexplicables maravillas de su amor y el exceso a que, su Corazón, lo había llevado hacia los hombres, de cuyos no recibía más que abandono y ultrajes. Después añadió: «El abandono en el cual me dejan me es mucho más doloroso de lo que sufrí en mi pasión tanto, que si los hombres me contracambiaran amor, yo estimaría poco, todo lo que hice por ellos y quisiera si fuere posible hacer aún más; pero

los hombres no tienen más que frialdades y repulsas por todas mis solicitudes. Tú a lo menos dame este consuelo, de suplir cuanto puedas a su ingratitud».

La tercera aparición sucedió el 16 de junio de 1675, igualmente en la octava de Corpus Christi. Apareciéndole resplandeciente como las demás veces, y mostrándole su Corazón, se quejó de los continuos ultrajes y sacrilegios que recibe en el Sacramento de amor; y agregó con más dolor, que los recibía de corazones a Él consagrados. Por esto le confió la misión de hacer conocer y amar su adorable Corazón y hacer establecer en la Iglesia una fiesta especial de reparación. «Es esto lo que yo te pido: que el primer viernes después de la octava de Corpus Christi, sea dedicado a una fiesta particular para honrar a mi Corazón, participando en aquel día a la Santa Comunión y haciéndole con digna reparación por los indignos tratamientos que recibe en el Santo Altar. Y Yo te prometo que mi Corazón se dilatará para esparcir con abundancia las riquezas de su Amor sobre todos los que rendirán dicho honor y procurarán que otros hagan lo mismo».

En esta tercera revelación se halla todo lo que se refiere a la devoción del Sagrado Corazón; o sea, su principio, que no es otra cosa que amor; su fin, que es de ofrecer a Dios un culto de reparación, de consuelo; su carácter, que es el de ser un culto público, después de haber sido por mucho tiempo, una devoción íntima; y por último sus efectos, que consisten en una nueva efusión de amor divino sobre la Iglesia y particularmente sobre aquellas almas piadosas que serán de esta devoción promotoras y apóstoles, puesto que Jesús dijo a la Santa: «Anuncia y haz saber al mundo entero que yo no pondré límites a mis beneficios cuando éstos me serán solicitados por mi Corazón».

a. Las promesas hechas por el Sagrado Corazón de Jesús a la santa

1º A las almas consagradas a mi Corazón, les daré las gracias necesarias para su estado.

2º Daré paz a sus familias.

3º Las consolaré en todas sus aflicciones.

4º Seré su amparo y refugio seguro durante la vida, y principalmente en la hora de la muerte.

5º Derramaré bendiciones abundantes sobre sus empresas.

6º Los pecadores hallarán en mi Corazón la fuente y el océano de la misericordia.

7º Las almas tibias se harán fervorosas.

8º Las almas fervorosas se elevarán rápidamente a gran perfección.

9º Bendeciré las casas en que la imagen de mi Sagrado Corazón se exponga y sea honrada.

10º Daré a los sacerdotes la gracia de mover los corazones más empedernidos.

11º Las personas que propaguen esta devoción tendrán escrito su nombre en mi Corazón y jamás será borrado de él.

Estas promesas expresan, mejor que otra cosa, el deseo ardiente que N. Señor tiene de ser amado; que se conozcan los tesoros de su Corazón y las gracias que con abundancia derrama sobre los que trabajan por su gloria.

Santa Margarita María escribió: «Si se entendiese como Jesucristo desea que se propague esta devoción, todos los cristianos, por muy poco piadosos que fuesen, la practicarían. Puesto que inmensos son los tesoros que el Sagrado Corazón derrama sobre aquellos que se ocupan en hacer conocer esta devoción. Yo no conozco ejercicio de devoción más apto para elevar en breve tiempo a un alma a la más alta perfección que el culto del Sagrado Corazón. Dulce será morir después de haber practicado una tierna y constante devoción al Sagrado Corazón. Condición general para participar de todas estas promesas es la de ser verdaderos devotos del Sagrado Corazón, o sea amarle, honrarle y trabajar cuanto fuese posible, para glorificarle, ensalzarle, teniendo aún expuesta su imagen. Las seis primeras promesas son eficaces para atraer al amor de Jesús y a comunicar las gracias que se refieren particularmente a esta vida. Con estas promesas Jesucristo acuerda sus bendiciones a las familias en las cuales se honrará a su Adorable Corazón con plegarias especiales o donde se tuviere expuesta su imagen. Las otras cinco se refieren a las gracias de orden superior, o sea a las gracias espirituales. En las promesas los tesoros de gracias están asegurados a todos los devotos del Sagrado Corazón cualquiera sea su estado; puesto que Jesús quiere ser amado por todos los hombres, ninguno está excluido de aquel océano de Misericordia. Ahora bien ya que el Maestro bueno nos ha hecho tantas y tan preciosas promesas, qué empeño no debíamos tener para acercarnos a ellas, y cambiar el amor que Jesús nos tiene. ¡Con qué cuidado debemos propagar, difundir su culto, tener expuesta y venerar en nuestras casas su imagen, participar a todas sus promesas!»,

Además de estas once promesas, hay una más, hecha en el 1674. Es la duodécima y comúnmente llamada la “Gran Promesa” porque es un resumen de todas las demás. Mientras la piadosa religiosa experimentaba dulcísima éxtasis, recogida e inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho, su rostro irradiado por una llama interior, una luz celestial, vista por ella solamente, sombreó el altar y ella vio al Adorable Salvador en el acto de mostrarle su Corazón. Estaba este divino Corazón revestido por llamas, rodeado por una corona de espinas, traspasado por una profunda herida goteando sangre, sobrepujado por una cruz.

«Margarita... –así le habló Jesús– Yo te prometo en el exceso de misericordia de mi Corazón, que mi amor todopoderoso concederá a aquellos que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia de la Penitencia final; ellos no morirán en mi desgracia, ni sin recibir los Santos Sacramentos, siéndoles mi Corazón refugio seguro en aquella hora postrera».

b. Significado de la gran promesa

Como dice el Vermeersch, el texto de la “Gran Promesa” tuvo varias explicaciones, pero no todas en su justo sentido: «Los que comulgaren el primer Viernes del mes, por nueve meses seguidos, con las debidas disposiciones, obtendrán con seguridad la gracia de la perseverancia final». Por lo tanto, los que se esforzaren en satisfacer las condiciones requeridas, están moralmente seguros de su eterna salvación. Del mismo modo, queda explicado por qué N. Señor habla de la Gran Promesa como de un exceso de su misericordia y de un triunfo de su amor omnipotente. Sin la gracia de Dios, no podemos perseverar en la justicia; y aunque Dios conceda a todos las gracias suficientes para salvarse, no quiere decir que Él no pueda conceder aquellas más eficaces, y hacer esto en virtud de una promesa. Como la promesa de Jesucristo de conducir la Iglesia al triunfo final nos asegura tal cosa, así la Gran Promesa puede garantizar la buena muerte. Puesto que la gracia puede triunfar sobre la debilidad y la obstinación humana, así puede evitar la presunción futura y el endurecimiento en el pecado.

No sabe explicar cómo esta promesa tan extraordinaria, haya quedado oculta hasta el 1869, año en que el P. Franuori empezó a difundirla. Se temía quizás no poderla sostener teológicamente o que los fieles abusaran de ella. Se pudo comprobar que no había razón para temer, puesto que los fieles logran siempre nuevo fervor. N. Señor, después de haber revelado a su sierva lo que se refería al culto de su Divino Corazón, quiso que las distintas partes de esta Devoción se desarrollaran según las necesidades.

Así, las revelaciones sucedieron entre el año 1673 y 1691 y la fiesta del Sagrado Corazón fue concedida a la Francia en el año 1765, y sólo Pío XI concedió mayor desarrollo litúrgico. De este modo, la práctica del primer Viernes del mes fue introducida en seguida después de las primeras revelaciones, mientras aquella de los nueve primeros Viernes, “La Gran Promesa” se instauró al terminar el siglo XIX, tiempo en que reinaba la incredulidad y se quería destruir la Iglesia y el Papado, y era necesario dar nuevo fervor a la vida cristiana e inflamar los corazones de amor, infundiéndoles mayor fuerza y confianza. Precisamente en ese tiempo, Jesucristo recordó al mundo su Gran Promesa.

Después de las revelaciones a Sta. Margarita María Alacoque, en el corazón de personas pías y generosas, relumbró como un incendio de amor, que, con toda la energía de sus almas y desafiando el escarnio, los insultos y las persecuciones del mundo de este enemigo de Dios y de los Santos, empezaron a predicar el amor de Jesús, el culto debido a su Sacratísimo Corazón. Su voz fue escuchada, y el Corazón de Jesús vio aumentar cada año la fiel y correspondencia a su amor, y ahora es el objeto de los deseos, de las aspiraciones y del amor de todo buen cristiano.

c. Fundamento de la gran promesa

No obstante, no se debe creer que la devoción al Sagrado Corazón se apoya exclusivamente en las revelaciones hechas a Santa Margarita Alacoque. Como hemos afirmado, ya existía en el seno de la Iglesia el culto de Jesucristo, Hombre-Dios. Por lo tanto, esta devoción se apoya sobre bases aún más firmes y sólidas, o sea sobre la misma infalibilidad de la Iglesia, que nos la propone. Las revelaciones particulares que

Dios hace a los santos, no pueden de ordinario admitirse prudentemente sino después del juicio de la Iglesia. Pero, cuando ella ha pronunciado este juicio, nada más nos debe detener en creer; porque la Iglesia, por una parte nos enseña (y en esto su juicio es infalible), que nada hay en ella que se oponga a la doctrina católica; y por otra aunque no nos obligue a admitirlas, como cosas divinas, nos asegura poderlas acoger prudentemente; y esto sólo después de haber examinado extenso, minuciosa y rigurosamente, después de haber buscado y hallado las pruebas más auténticas y seguras.

Esta Maestra infalible estableció realmente un riguroso proceso también para la devoción al Sagrado Corazón, y después de haber reconocido las revelaciones como auténticas, se sirvió de ellas para suscitar mayor devoción hacia el Sagrado Corazón, e inculcar con mayor eficacia a la que ya existía del Hombre-Dios dándole nueva forma. Así, con su autoridad la confirmó solemnemente, asegurándonos al mismo tiempo de la estabilidad y excelencia de esta devoción. La forma dudosa en que fue expresada por la santa, no puede poner en duda la promesa, porque ella no manifiesta más que su perfecta obediencia a la Superiora que le impuso no hablar de sus revelaciones. La canonización de una persona prueba la integridad de la persona y el juicio de aprobación atestigua que en sus escritos no hubo nada de contrario a la fe, a la moral y a la piedad.

La Gran Promesa fue examinada por teólogos y aceptada. Benedicto XV, el 13 de mayo de 1920, quiso insertarla en la Bula de canonización de la Santa como la prueba más hermosa de la autenticidad de la Gran Promesa.

3. Carta del rey Felipe V de España al Papa Benedicto XIII, pidiendo Misa y Oficio propio del Sagrado Corazón de Jesús, para todos sus Reinos y Dominios (año 1727).

Beatísimo Padre,

Deseando por mi parte concurrir a que se extienda y propague la devoción al divino Corazón de Jesús, estoy persuadido a que esto se facilitará, concediendo V. Santidad, para todos mis Reinos y Dominios, Misa y Oficio propio suyo. Por lo que, fiado en el paternal amor de V. Beatitud paso a suplicar a V. Santidad con las mayores veras y empeños se sirva de dispensarme esta gracia, que espero merecerle; como el que me conceda igualmente su Santa y Apostólica Bendición, que humildemente imploro a V. Beatitud. Nuestro Señor guarde la muy Santa Persona de V. Santidad al bueno y próspero Regimiento de la universal Iglesia: Del Buen Retiro a 10 de Marzo de 1727.

De V. Santidad Muy humilde y devoto Hijo Don Felipe por la gracia de Dios, Rey de las Españas, de las dos Sicilias, de Jerusalén, etc, que sus Santos pies y manos besa.

Juan Bautista de Orendain

A mayor gloria de Dios y del Sagrado Corazón de Jesús.

4. Beato Bernardo de Hoyos

Poco tiempo después de esta carta del rey de España Felipe V al Papa Benedicto XIII, en septiembre de 1731, el joven Bernardo de Hoyos estudiaba Teología en Colegio de S. Ambrosio de la Compañía de Jesús, hoy Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús. Terminando su 2ª curso, conoce por vez primera el culto al Corazón de Jesús. El P. Cardaveraz, le pide desde Bilbao un favor que le brinda la oportunidad de leer el libro del jesuita francés P. Gallifet sobre este culto. Su lectura impacta profundamente a Hoyos, que se ofrece ante el Santísimo a cooperar cuanto le sea posible a la extensión de dicho culto.

El 14 de mayo de 1733, fiesta aquel año de la Ascensión del Señor, acude Bernardo con los demás estudiantes al templo donde celebraba el Colegio la Eucaristía los días festivos, la hoy Basílica de la Gran Promesa; los estudiantes se situaban en el presbiterio, a los lados del altar.

«Después de comulgar, refiere Bernardo, tuve la misma visión del Corazón... rodeado con la corona de espinas y con una cruz en la extremidad de arriba... Díome a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este Corazón para mí solo, sino que por mí las gustasen otros. Pedí a toda la Santísima Trinidad la consecución de nuestros deseos. Y pidiendo esta fiesta (del Corazón de Jesús) en especial para España, en que ni aun memoria parece que hay de ella, me dijo Jesús: REINARÉ EN ESPAÑA Y CON MÁS VENERACIÓN QUE EN OTRAS PARTES».

a. Su significado de esta nueva promesa

Máximo Pérez S. J., moderno biógrafo del P. Hoyos (*El Poder de los débiles*, Edapor 1991), explica así el sentido de esta Promesa:

«Lo que parece deducirse de todo el contexto es que, ni Bernardo ni mucho menos el mismo Jesús, intentaron hacer una competencia o campeonato entre “partes” o “naciones”. Lo que parece deducirse de esta gracia concedida a Bernardo es lo siguiente:

1. Se trata de una gracia, no sólo para enriquecimiento personal de Bernardo, sino para ser instrumento por cuyo medio Dios quiere dar a conocer a otros las riquezas del Corazón de Cristo.
2. Bernardo de Hoyos tiene una misión similar a Santa Margarita Mª de Alacoque: lo que por medio de ella quiso realizar Cristo en su Iglesia, proporcionalmente es lo que Cristo quiere realizar, por medio de Bernardo, en España y América».

La Gran Promesa interpela, solicita, encomienda personalmente al P. Hoyos a extender el reinado de Cristo especialmente en España, en todo el territorio que

constituía España en aquella fecha (1733): la España actual más Filipinas e Hispanoamérica.

Así se quiere manifestar en las dos capillas dedicadas en la Basílica, una de ellas a Ntra. Señora de Guadalupe, patrona de Hispanoamérica, con la pintura de esta Virgen traída desde México por su arzobispo el 24-10-1951 y rodeada por los escudos de las hoy veinte naciones hispanoamericanas; y la otra, a Ntra. Señora de la Paz y del Buen Viaje, la Virgen de Antipolo, imagen traída desde Filipinas por el arzobispo de Manila el 27-05-1951.

b. Su actualidad

La Gran Promesa no tiene fecha de caducidad. Es hoy tan actual como en 1733. España y las naciones que han surgido de lo que entonces integraba España, representan hoy la mitad de la Iglesia. La Basílica de la Gran Promesa con el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús y diversos locales de la Fundación civil *Emilio Álvarez*, vienen desarrollando una intensa actividad litúrgica, pastoral, formativa, de espiritualidad y de atención caritativa que llega ya a toda la diócesis vallisoletana y a numerosas personas e instituciones fuera de ella.

La misión que recibió el P. Hoyos, entendemos que es ahora a nosotros a quienes corresponde realizarla, como él hizo tan ejemplarmente, para seguir dando sentido y haciendo plena realidad la Promesa del Corazón de Jesús, que será siempre un compromiso especialmente abierto para los españoles y para los vallisoletanos. Extender el Reino de Cristo exige, hoy quizá más que entonces, aceptar ante todo sus reglas, sus valores, sus normas, vivirlo, proclamarlo y ofrecerlo, contagiarlo, transmitirlo en todo nuestro entorno familiar y social. Para ello contamos ya hoy con la ayuda decisiva del beato P. Bernardo F. de Hoyos (18-Abril-2010), que esperamos sea muy pronto elevado a la gloria de la canonización.

c. Alianza de dos promesas

Dos Promesas hemos recibido en España, la primera formulada por la Virgen en Zaragoza: «No faltará la fe. La segunda por el Corazón de Jesús en Valladolid: «Reinaré». La una no se concibe sin la otra: SIN FE NO HAY REINADO, Y EL REINADO ES EL CORONAMIENTO DE ESTA FE.

Estas dos promesas van íntimamente unidas, por eso están inscritas en la Basílica a ambos lados de Nuestra Sra. del Pilar formando una **ALIANZA**.

Esta Alianza se pone de manifiesto en la cúpula con la imagen de la Virgen, que sobre “el pilar,” está en actitud sacerdotal frente al Corazón de Jesús que bendice. En la medida en que participamos de la fe de María, de su *fiat*, gozamos de las bendiciones del Corazón de Jesús bebiendo de Él los Tesoros del Padre, los dones del Espíritu Santo.

«Para con el eterno Padre valgámonos del Corazón de Jesús y para con el de Jesús valgámonos del Corazón de María» (*Tesoro Escondido*).

El 24 de Enero de 1949, con la inauguración del altar dedicado a la venida de la Virgen del Pilar, fueron estrecha y oficialmente unidos los tres templos por sus respectivos Prelados: Basílica de la Gran Promesa, Basílica del Pilar y Catedral de Santiago de Compostela.

«Es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo » (*Lumen fidei*) ¡Prendamos en la llama de la fe de María para que Triunfe su Corazón Inmaculado y venga a nosotros el Reinado del Corazón de Jesús!

5. Don Bosco y el Sagrado Corazón de Jesús

Don Bosco captó y vivió la esencia de la devoción al Corazón de Jesús, bebió de sus aguas y las dio a beber a los jóvenes y a las gentes, para que los tesoros de Su Amor y Misericordia fueran su fortaleza y su alegría.

Leemos en uno de los sueños de Don Bosco:

Estando en la sacristía de la capilla existente junto a la iglesia en construcción del Sagrado Corazón, vio a Luis sacando agua de un pozo.

- ¿Para quién sacas tanta agua? , le preguntó Don Bosco.
- Para mí y para mis padres.
- ¿Y por qué en tanta cantidad?
- ¿No comprende? ¿No ve que se trata del SC de Nuestro Señor Jesucristo? Cuantos más tesoros de gracia y de misericordia salen de Él, tanto más queda.

Veamos entonces, algunos de los aspectos de esta relación de Don Bosco con el Corazón de Jesús.

En ciertos sectores de la formación del seminario turinés donde Don Bosco estudió prevalecía la orientación rigorista, en sus diferentes expresiones; en esta línea, algunos moralistas, rechazaban las prácticas de piedad sencillas que mueven a la confianza en Dios. Entre ellas, no aceptaban la devoción al Sagrado Corazón, ni a la Virgen, por el mismo motivo.

Para contrarrestar esta situación, se había creado en Turín la Residencia Eclesiástica. El director espiritual de Don Bosco, Don José Cafasso, impartía lecciones en esta residencia, por tanto invitó a Don Bosco, recién ordenado, para que completara su formación sacerdotal en este centro (1842-1844). En las líneas de trasfondo se encuentra la doctrina y el estilo de San Francisco de Sales y de San Alfonso de María Liguori, y la influencia de los jesuitas. De aquí se consolidará el amor y devoción de Don Bosco al Sagrado Corazón de Jesús.

Además, en sus años de sacerdote, vivió bajo el pontificado de Pío IX y León XIII, quienes –como luego veremos– promovieron de manera más universal esta devoción.

En sus *Memorias Biográficas de Don Bosco*, leemos que «no se olvidó de presentar una hermosísima oración para la visita al Santísimo Sacramento, seguida de la Corona en honor del Sagrado Corazón de Jesús, y las vísperas propias de esta fiesta. Esta devoción, a la que en aquellos tiempos se oponían muchos, influenciados por errores y prejuicios jansenistas, y que más tarde fue origen de los más hermosos triunfos de don Bosco, empezaba ya entonces a enraizarla en los corazones, y advertía cómo la Corona en honor del Sagrado Corazón de Jesús podía también servir para hacer las novenas de todas las fiestas de nuestro Señor Jesucristo» (Volumen 3, pp. 23-24).

Vemos en el texto anterior la unión intrínseca entre la devoción al Corazón de Jesús y su expresión concreta en Jesús Eucaristía. Al respecto es interesante señalar, como lo indica Fausto Jiménez, las imágenes de Cristo en Don Bosco, siempre en opción catequística pastoral, y en esta línea se enmarca también su devoción al Corazón de Jesús (*Aproximación a Don Bosco*. pp.73-86).

Solo en la misericordia y en el amor del Señor descansa en paz nuestra vida. El haber hecho la experiencia de recostar el rostro en el Corazón de Jesús, como San Juan, y escuchar el latido de Su santa Voluntad, y de sentir el gozo sereno de quien se siente amado y ama, permitió a Don Bosco poder transmitir este amor de salvación. Escuchemos al mismo Don Bosco, en las Buenas Noches del 3 de junio, vísperas de la fiesta del Sagrado Corazón:

«Mañana, mis queridos hijos, celebra la Iglesia la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Es preciso que también nosotros procuremos honrarlo con gran diligencia (...) Algunos de vosotros querrán saber el significado de esta fiesta y por qué se honra de una manera especial al Sagrado Corazón de Jesús. Os diré que esta fiesta pretende celebrar con un recuerdo especial el amor que Jesús manifestó a los hombres. Fue extraordinariamente grande el amor que Jesús nos tuvo en su encarnación y en su nacimiento, durante su vida y predicación, y particularmente en su pasión y muerte. Y como la sede del amor es el corazón, por eso se venera el Sagrado Corazón, como el término que sirvió de horno de este inconmensurable amor. Este culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, esto es, al amor que Jesús nos demostró, existió en todos los tiempos y siempre; pero no siempre hubo una fiesta establecida a propósito, para venerarlo. En la plática del domingo por la tarde escucharéis cómo Jesús se apareció a la beata Margarita de Alacoque y le manifestó los muchos bienes que recibirían los hombres, honrando con un culto especial a su amabilísimo Corazón, y cómo se estableció la fiesta. Animémonos ya y haga cada cual todo lo posible para corresponder al gran amor que Jesús nos ha tenido» *Memorias Biográficas de Don Bosco*, Volumen 11, p. 216).

Esta explicación sencilla revela no solo el conocimiento de Don Bosco sobre los escritos sobre el Corazón de Jesús, sino su opción siempre por el amor, por ese amor que nace de su relación profunda con Dios y que lo lleva a irse configurando con la mentalidad y sentimientos de Jesucristo.

También se revela su profundo sentido eclesial. En ese mismo mes habrían fechas importantes: el aniversario de la revelación hecha por el Sagrado Corazón de

Jesús a santa Margarita de Alacoque, el aniversario del Pontificado de Pío IX y, además, el Oratorio se unió a la Iglesia universal con el acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús.

Podemos constatar, entonces, que la devoción al Corazón de Jesús en Don Bosco era vital y la propagaba según las líneas eclesiales de su época. Pero no se limitó a una celebración del culto ni a una divulgación de la devoción por medio de los escritos, sino que, además, como hombre práctico que era, lo llevó también a plasmarlo en obras concretas. Las memorables son la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma y la aceptación del monte Tibidabo en Barcelona.

La construcción de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma se debió a que el Papa León XIII, en abril de 1880, le pidió a Don Bosco continuarla, pues había tenido que ser interrumpida por factores económicos. La parroquia eclesiástica ya se había creado el 2 de febrero de 1879, y el municipio la había reconocido jurídicamente el 28 de marzo de ese año. Para don Bosco era un grave peso pero, al mismo tiempo, la oportunidad de tener una presencia salesiana en la urbe. Los trabajos se prolongarían hasta noviembre de 1887, y aún después (...) Don Bosco había propuesto, de inmediato, la ampliación de los planos y la construcción de un Asilo para niños pobres y de un oratorio festivo (...) Cuando el 14 de mayo de 1887 fue con sagrado el templo, parte de la obra estaba todavía en construcción, faltaban las torres y las imágenes de la fachada, varios altares y vitrales. Pero los 15.000 habitantes de la barriada necesitaban los servicios pastorales y la iglesia debía ponerse ya a en funcionamiento. Los sacrificios y el desgaste físico de Don Bosco para llevar a cabo esta obra son indecibles.

Con respecto al monte Tibidabo, es la más alta colina de Barcelona, con un paisaje que atrae a ciudadanos y forasteros. El nombre se debe a que, por una leyenda popular, ese fue el monte donde Jesús fue tentado mostrándole todos los reinos del mundo, y precisamente desde aquella cima el demonio le dijo: *Haecomnia TIBI DABO, si cadens adoraveris me* (Todo esto te daré, si me adoras. Mt. 4, 9). Esta cima, lógicamente era muy codiciada. Seis hombres muy católicos, al darse cuenta de que el monte iba a ser utilizado para objetivos antirreligiosos, se pusieron de acuerdo para comprarlo en 1885, y esperaron el mejor momento para darle un buen fin.

El año siguiente coincidió con la célebre visita de Don Bosco a Barcelona (8 de abril al 6 de mayo 1886), invitado por Dorotea de Chopitea, y esto inspiró a los dueños del monte entregárselo a Don Bosco para que estableciera un santuario al Sagrado Corazón de Jesús, pues estaban al tanto del templo en Roma. Después de leerle el Documento de Cesión del monte, Don Bosco, conmovido profundamente respondió: «Estoy confundido ante la nueva e inesperada prueba que me dais de vuestra religiosidad y piedad. Os lo agradezco; pero sabed que en este instante sois instrumentos de la Divina Providencia. Al salir de Turín para venir a España, iba pensando en mi interior: Ahora que está casi terminada la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma, hay que estudiar la manera de promover cada vez más la devoción al SCJ. Y una voz interior me tranquilizaba asegurándome que encontraría los medios para cumplir mi deseo. Esta voz me repetía: *¡Tibi dabo, tibi dabo!* (Te daré, te daré). Sí, señores; vosotros sois los instrumentos de la Divina Providencia. Con vuestra ayuda, surgirá pronto sobre este monte un santuario dedicado al SCJ; en él tendrá todos comodidad para acercarse a los santos sacramentos y se recordará por siempre vuestra

caridad y la fe, de la que me habéis dado tantas y tan hermosas pruebas (*Memorias de Don Bosco*).

Y añadió que podría instalarse también el noviciado para jóvenes españoles destinados a las misiones. Don Bosco estaba consciente que él no vería ni iniciada la obra, pero en su visión de futuro y en su confianza total en sus sucesores, sabía que sería una realidad, y no solo en España, sino que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, se extendería por todo el mundo.

En 1886 se construyó una ermita neogótica, inaugurada el 3 de julio. Dos años más tarde, con motivo de la visita de la reina María Cristina a la montaña en el seno de los actos de celebración de la Exposición Universal, se urbanizó la carretera de Vallvidrera y se construyó al lado de la ermita un pabellón de inspiración mudéjar, que servía de mirador, posteriormente derribado.

El proyecto de construcción del templo sufrió un importante retraso debido sobre todo a la aparición de un nuevo proyecto para construir un observatorio astronómico en la cima del Tibidabo, que finalmente se hizo en una colina próxima (Observatorio Fabra).

Finalmente, el 28 de diciembre de 1902 se colocó la primera piedra en un acto presidido por el obispo de Barcelona, Salvador Casañas i Pagès, quien en su discurso pidió una limosna para el «nuevo Montmartre de Barcelona» —en alusión a la famosa colina parisina donde se ubica el *Sacré-Cœur*—. Las obras se prolongaron hasta 1961 y fueron finalizadas por Josep Maria Sagnier, hijo del artífice del proyecto, Enric Sagnier.

Enric Sagnier fue un autor prolífico, posiblemente el arquitecto con mayor número de construcciones en la Ciudad Condal, cerca de 300 edificios documentados. De estilo ecléctico, con una cierta tendencia clasicista, estuvo cercano al modernismo de moda en la época en la capital catalana, pero interpretándolo de una manera sobria y funcional. Su principal fuente de inspiración fue la arquitectura medieval, sobre todo románica y gótica.

El templo se terminó de construir en 1961. El 21 de octubre de ese año, del Vaticano Juan XXIII pulsa el botón que, por ondas de radio, enciende en Barcelona su iluminación exterior. Pocos días antes, la Santa Sede le había concedido el título de basílica menor al tiempo que fue coronado con la gran imagen de Cristo, «que domina las avenidas barcelonesas y el valle del industrioso Llobregat, que abre sus brazos hacia el *Mare Nostrum*». Imaginando esta panorámica, «nos parece escuchar el mensaje de amor y de fraternidad universales que en la ribera oriental del Mediterráneo brotó de quien, manso y humilde, amó a los hombres hasta el fin». Así lo afirmaba Juan XXIII, en su mensaje al I Congreso Internacional sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús, inaugurado ese mismo día. Su celebración conmemoraba la entrega de la cumbre del Tibidabo a san Juan Bosco, y la proclamación del templo como expiatorio nacional, hacía respectivamente 75 y 50 años.

Este congreso era un «vivo consuelo» para Juan XXIII, que esperaba que «cada día se difundiera más el culto al Sagrado Corazón de Jesús con la intensidad, profundidad y seriedad que a tan preciosa devoción corresponden». El Papa conocía la existencia del templo del Tibidabo, del Cerro de los Ángeles en Madrid y, de forma especial, del

santuario de la Gran Promesa en Valladolid, donde había celebrado Misa el 27 de julio de 1954. «Son jalones gloriosos que se alzan en el suelo del querido pueblo español, expresando sus sentimientos de amor y de reparación. Testigos son esos lugares de los raudales de misericordia y de gracia que el Señor derrama y de cuantas personas encuentran un remanso de paz y un refugio de salvación».

Él mismo era el primero. Con apenas 19 años, el seminarista Angelo Roncalli mostró su devoción al Sagrado Corazón haciéndole la promesa de rechazar todo apego a cualquier pecado venial voluntario. Poco después de su ordenación, visitó el santuario de Paray-le-Monial, donde Cristo se reveló a santa Margarita María de Alacoque. Hablaba así de su devoción: «Para protegerme del pecado y que no me aleje de Él, Dios se ha servido de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento. Mi vida está destinada a ser consumida por la luz que surge del sagrario, y es al Corazón de Jesús al que recurro para encontrar la solución a mis problemas».

Esta devoción del Papa Roncalli ha quedado íntimamente unida a España. En 2009, cuando se renovó la consagración del país al Sagrado Corazón hecha por el rey Alfonso XIII, en 1919 en el Cerro de los Ángeles, la fórmula elegida fue precisamente una escrita por este Papa. En ella, se pide a Cristo que sea «rey no sólo de los hijos fieles, que jamás se han alejado de ti, sino también de los hijos pródigos que te han dejado», y de aquellos que «viven separados de ti».